

8-1/2 50R F-C/PUI

# CORRIENTES TERAPÉUTICAS

DISCURSO LEIDO

EN LA

Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona

EN EL ACTO DE LA RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO ELECTO

D. FRANCISCO PUIGPIQUÉ

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL

DR. D. CARLOS CALLEJA Y BORJA TARRIUS

ACADÉMICO NUMERARIO

5 DE MARZO DE 1901

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE REDONDO

27, — Calle de la Universidad, — 29

1901



62-80-176

# CORRIENTES TERAPÉUTICAS

DISCURSO DE RECEPCIÓN

DE

D. FRANCISCO PUIGPIQUÉ

Y CONTESTACIÓN DEL DOCTOR

D. CARLOS CALLEJA Y BORJA TARRIUS



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701056879



# CORRIENTES TERAPÉUTICAS

DISCURSO LEIDO

EN LA

Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona

EN EL ACTO DE LA RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO ELECTO

D. FRANCISCO PUIGPIQUÉ

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL

DR. D. CARLOS CALLEJA Y BORJA TARRIUS

ACADÉMICO NUMERARIO

5 DE MARZO DE 1901

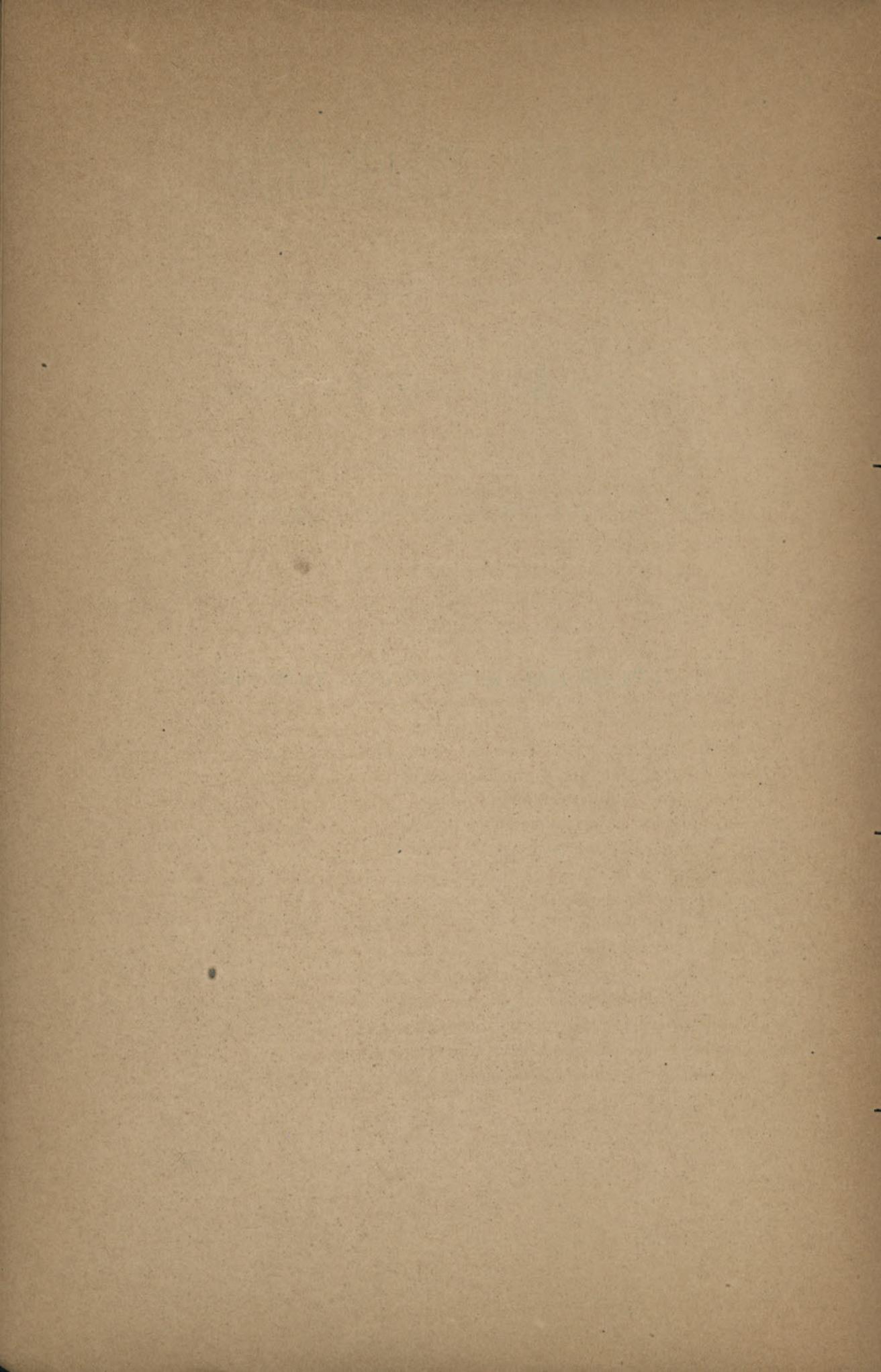
BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE REDONDO

27, — Calle de la Universidad, — 29

1901.





*Ilre. Sr.:*

SEÑORES:

**H**A sido necesaria toda la fuerza de una singular conjunción para elevarme á este sitio tan honroso como deseado; la llorada muerte de un ilustre académico y la bondadosa manifestación de vuestros sufragios. Aquel amargo hecho, ocaso perdurable de una existencia, fué alborada melancólica de mi vida académica; pero esta no llegara á término, sin la eficacia de vuestra protección que tan inefable deleite me produjo. Así, pues, mi aparición en esta asamblea, fruto es de una cruel acción de la Parca y de la expresión noble y liberal de vuestros sentimientos. En consecuencia, un dolor y un placer, explican mi ingreso, y contraste semejante continuará sin duda, ya que mi personalidad sombrosa viene á sustituir á la que fué claro espejo de farmacéuticos laboriosos é instruidos, cuyo nombre persistirá largos años en el recuerdo.

Cumplido este primer deber á la buena memoria de nuestro apreciable amigo, quiero dirigir un afectuoso saludo á los señores Académicos que, unánimemente, me creyeron apto, para sustituir al Sr. Genové.

Señores, vuestra excesiva bondad sufrirá amargo desengaño cuando os convenzais, y será en breve, de que mis conocimientos y aptitudes, distan un mundo de los que adornan á la pléyade de profesores que, por sus indiscutibles méritos ocupan los estrados de tan docta corporación. La insignifican-

cia de mi trabajo sancionará aquella verdad y mi temor presente; confío, sin embargo, en que mi voluntad, vuestra indulgencia y sobre todo, vuestras continuas enseñanzas, tal vez consigan lo que no pudo alcanzar mi talento, seros agradable y útil en toda ocasión y singularmente en el desarrollo del tema, **Corrientes Terapéuticas.**

Precedió al estudio de las enfermedades, el impulso de remediar el mal y de socorrer á quien sufre; naciendo de tan naturales sentimientos, la primera noción de la terapéutica. El día en que, condensada la nebulosa, surgió de la costra del planeta el hombre, quedó, entablada la lucha entre la salud y la enfermedad, naciendo de tal conflicto la urgencia de aliviar los males de la especie humana, fundamento del arte curativa. Dos ideales persigue la ciencia de las indicaciones, ó mejor dos aspectos ofrece; uno moral encerrado en la pía solicitud de cuidar al doliente, otro natural, el instinto de conservación inherente á toda especie zoológica.

La terapéutica, influída por las corrientes metafísicas ha participado siempre de las verdades, errores, sistemas, doctrinas y vicisitudes filosóficas, cambiando de rumbo al compás de los nuevos horizontes trazados por ideas religiosas, políticas ó literarias, científicas creencias y nociones imperantes, manantiales, donde los genios, en todas ocasiones, solieron inspirarse. Allá en remotas edades, cuando el hombre más bien era hijo del instinto que de la inteligencia y vacilaba en todas sus manifestaciones por la incoherencia de ideas y sentimientos; la terapéutica usaba remedios que, debidos al azar, á la rutina ó á la superstición, no podían constituir integración doctrinal por la escasa inteligencia de tan alejados moradores. Por consiguiente, la suposición menos gratuita dado el general concepto de aquellos apartados tiempos, es la que atribuye los primeros rudimentos del arte, al predominio alternativo de la imaginación y la consuetud, hasta tanto que los filósofos convencidos de las verdades morales y naturales, cada vez más axiomáti-

cas, despreciaron la observación para buscar en el abstracto concepto de las leyes universales la explicación racional de los hechos, cayendo en aquella serie de especulaciones, semi-llero, de grandes rivalidades y fuente inagotable de luchas y controversias que, dejando á veces estela luminosa, solo requerían genios que separando de las mismas la rutina y las supersticiones, erigieran el primer edificio terapéutico de la antigüedad.

Levantó Galeno sus teorías médicas por encima de las sistemáticas controversias é imperó su escuela por dilatados siglos hasta que llegó la época del método inductivo, con gran copia de descubrimientos que prestaron gloria y esplendor á las ciencias físico-químicas y naturales, fechas brillantes del arte de curar. Desde entonces los terapéutas pudieron caminar con paso lento, seguro y positivo á la máxima perfección de la ciencia de las indicaciones.

Es cuestión resuelta por los egiptólogos la de que el pueblo egipcio es el más antiguo instructor del género humano, en las ciencias y artes, no siendo los griegos sino fieles compiladores de lo mucho y bueno que en aquellas edades guardaba como tesoros inapreciables el pueblo faraónico.

El Génesis establece nociones empíricas, pero admirables, de antisepsis, al narrar que José, á la muerte de su padre Jacob, ordenó embalsamar su cuerpo, á los médicos que le asistían, de lo cual se deduce, como corolario inequívoco, que al morir dicho patriarca, 1700 años antes de Jesucristo, existían en Egipto, hombres consagrados al ejercicio de la medicina, ya que combatían enfermedades y embalsamaban cadáveres, con una precisión y maestría justificadas por los despojos de seres vivos y las momias que trás muchos siglos, perfectamente se conservan, testimonios mudos, pero elocuentes, del acertado uso y positiva virtud de los agentes terapéuticos, verdaderos antiputrescibles. En los seis tomos últimos de los 41 volúmenes de la colección hermética de Trimegistro (deificado luego con el nombre de Mercurio, ya él propio ó su familia, con los de la serie mitológica de Baco, Osiris, Júpiter, Apolo, Cann, etc.) vetustos libros en los que se trata de anatomía,

enfermedades, instrumentos para curarlas, medicamentos, enfermedades de los ojos, propias de la mujer, hay pruebas indógenas de la supremacía de la medicina, consagrada y ejercida por Dioses á orillas del Nilo, de la antigüedad de tal profesión y de su gran desarrollo, toda vez que los egipcios conocieron la bondad de las especialidades médicas para el mejor tratamiento de las dolencias. En tan apartadas edades como en nuestros días, el pueblo se opuso tenaz á las prácticas ó innovaciones que no halagaban los sentidos, y denostó á disectores y embalsamadores, retrasando el progreso de la anatomía y de aquella antisepsia primitiva pero eficaz, hasta que los Ptolomeos decretaron la abertura de los cadáveres, á fin de investigar la naturaleza de las enfermedades, patente muestra de la protección de los monarcas egipcios al arte de curar confirmada en el cap.º II del Levítico, de Moisés, donde se elevan á deberes religiosos ciertos principios de higiene que hoy no se cumplen á pesar de que siguen en su mayoría admitidos por nuestros más reputados tratadistas. El gran Salomón, cuyo saber es tradicional, escribió mucho y bien acerca de los seres naturales ó sus partes empleadas en medicina, teniendo sus panegiristas frases de verdadero y justo elogio, ya que los siglos aún no olvidaron su renombre.

Los indios brahmanes encargados de la práctica de las ciencias médicas, tenían pobrísimos conocimientos médicos; no ocurría igual entre los chinos que, ya 2687 años antes de Jesucristo, tuvieron un emperador que escribió de medicina y á quien atribuyen la obra *Nuy King*, donde se consigna una teoría sobre el pulso.

El pueblo griego, más aficionado á la poesía y á las bellas artes hasta después de la guerra de Troya, buscando la luz donde no existían sino tinieblas, nada consigue saber de medicina á despecho de invocaciones y sacrificios á sus dioses y héroes; creyó en las especiales virtudes de los ídolos, oráculos de la superstición, de que aún quedan recuerdos entre nosotros, toda vez que se proclaman y ensalzan misteriosas curaciones hijas del acaso y de la sugestión y faltas de apoyo experimental; parece que aun se intenta hoy, resucitar escenas idolátricas al

rendir á ciertas entidades imaginarias un culto propio del paganismo, en abierta oposición á las corrientes del progreso.

Las ráfagas luminosas proyectadas por el pueblo egipciaco, a fianzadas y extendidas por su dilatado comercio, enseñaron á los demás pueblos la utilidad del saber á cambio de datos y productos farmacológicos oriundos, en su mayoría, de la India, los cuales sirvieron de base á las preparaciones salutíferas. En ellos tenían cabida, aparte de las sustancias vegetales que constituían la farmacología dominante, productos animales que el charlatanismo cuidó de propagar con absurdas y ridículas consideraciones, fijando conclusiones que luego de comprobadas hubieron de caer en el más profundo desprecio. ¿No se empleaba la grasa de varios ruminantes para curar el reuma y la gota confiando en la agilidad peculiar de los seres de tal grupo zoológico? ¿No sabemos que el cráneo humano estaba indicado para curar la epilepsia por similitud de órganos? ¿Ignoramos acaso, que los órganos de la generación se usaban como afrodisíacos? Molesta sería la interminable serie de agentes medicamentosos de origen animal, usados por los antiguos en la curación de ciertas dolencias, de seguir las citas de Plinio, Dioscórides y otros y á los cuales tal vez no daríamos importancia sino los viésemos resurgir en nuestros días formando las recientes opoterapia y organoterapia según denomina Landouzy al método de Arsonval y Brown-Sequard. La sustancia cerebral, la médula ósea, el corazón, las cápsulas suprarenales, el pancreas, los ovarios etc., ¿no se emplean en nuestros días contra gran número de dolencias? El jugo pulmonar, en inyecciones, se indica contra la bronquitis crónica, enfisema pulmonar, la tisis, la pleuresia purulenta, la tuberculosis ¿No significa esto la resurrección de la antigua opoterapia y de la más cercana usada con Juan II y Fernando el Católico? No estamos viendo cómo se recomienda la materia del cuerpo tiroides contra las varias formas de myxedemas, contra la obesidad etc., empleándose la tiroidina á nuestro entender con más entusiasmos que éxitos? No proseguiremos por tener la íntima convicción de que con todos sus reclamos y célebres marcas de fábrica, caerán en el olvido como las

sustancias animales empleadas por los pueblos de la antigüedad.

La terapéutica de aquellas edades, ya por falta de recursos materiales, ya por las ideas místicas, ora por las corrientes de viejo predominio, ora por la escasez de preclaras inteligencias consagradas á tales estudios, era un conjunto de datos sin conexión, ni valor doctrinal positivo, subsistentes por la necesidad, por las urgencias curativas y por el influjo de las preocupaciones en cada época. ¡Triste suerte es la de no poder desterrar éstas á pesar de los continuos y gigantescos progresos, cada día más sorprendentes!

La filosofía, como ciencia de la sabiduría, abraza la universalidad de los conocimientos humanos, por lo mismo en todas las etapas las ciencias envueltas quedaron en el ropaje de aquella; en consecuencia, el genio humano no puede vanagloriarse, en ningún periodo histórico, de haber vivido sin la saviã de la filosofía dominante, y lo propio aconteció á la terapéutica.

Pasado el periodo infantil de la humanidad, aparecieron en la Grecia los apóstoles del progreso, á cuyas lecciones acudían de todas partes los aficionados al estudio, siendo Atenas emporio del saber y maestra de la muchedumbre de estudiosos que formaba, al regresar á su patria potentes focos científicos que iluminaron los ámbitos del mundo conocido. Si heraldo de grandes enseñanzas fué Platón ¿qué podríamos decir del hijo de Estajira, quien, de mercader de medicamentos pasó á preceptor consagrado á la educación del gran Alejandro?

El hijo de Filipo debió á la educación selecta, su grandísima afición á las ciencias inculcada por el inmortal Aristóteles, merced á la cual facilitó medios y recursos para proseguir la luminosa vía del saber, creando el primer museo, favoreciendo la importación de los remedios que de sus conquistas por la India, la Persia y el Egipto procedían; Plinio indicó la fabulosa cantidad de millares invertidos en recoger de dichos países los materiales medicamentosos.

Indicando que el pueblo judío siguió en Terapéutica las huellas de los egipcios, podremos terminar esta primera parte

de las aplicaciones de los agentes farmacológicos hasta la época de la eximia figura médica que, 460 años antes de Jesucristo, nació en la isla de Coos, de la célebre familia de Esculapio, cuyas tradiciones médicas adquirió, reformándolas, Hipócrates el Grande.

Aparte de las enseñanzas paternas, recibió las no menos notables de Heródito, famoso médico inventor de la medicina gimnástica, hoy tan celebrada y elocuentemente propagada por nuestras eminencias médicas.

Hablando largamente Pausanias de las tablas votivas del templo de Esculapio, nos indica que los enfermos, después de curados, quedaban inscritos en dichas tablas indicadoras de las enfermedades que habían padecido los albergados y de los remedios empleados para obtener su curación, costumbre que duró hasta la época de Antonio, no sólo en Grecia, sino en Italia. De tales enseñanzas sólidamente aprendidas y mejor raciocinadas, se aprovechó el más sabio de los médicos, fundando la más grande escuela que ciencia alguna haya tenido y tan vivaz que sus excelentes consejos, á pesar del luengo transcurso de los siglos, constituye la más preciada joya que posee la medicina, la cual se hubiese librado de innúmeros fracasos, si las sentencias aforismáticas del anciano de Coos, jamás las hubieran olvidado los dedicados al noble y espinoso sacerdocio médico.

Nadie extrañará que el erudito y filósofo Asclepiade, al crear el método fecundo de la observación médica, cimentara conclusiones en el más severo juicio emanado de la interpretación recta de los hechos y erigiera su doctrina sobre un pedestal de filosofía, moralidad y pericia, resultando su obra imperecedera como su nombre. Bien define la medicina hipocrática el Dr. Piquer, al decir que es un complejo de hechos enlazados entre sí, según el orden de la naturaleza, y recogidos por la atenta observación de sus operaciones, no admitiendo por consiguiente ninguna causa que no recogiera gran copia de hechos á la misma concernientes. No legó Hipócrates sobresalientes revelaciones en el campo de la terapéutica, para merecer el dictado de reformador, pero si reflexionamos, deduci-

remos con lógica incontrovertible, que á sus profundos conocimientos y sabia aplicación, se debe la solidez de la piedra angular que sostiene la medicina, y si en su cúpula colocamos á la terapéutica, justo, lógico y por ende racional, será considerar á Hipócrates como figura venerable en terapéutica.

La ciencia de las indicaciones, después de los tiempos del renombrado médico griego, siguió las corrientes predominantes de su doctrina, hasta que apareció el bullicioso genio de Galeno de cimientos coacos, si bien que en el terreno de la práctica seguía un criterio absolutamente opuesto á las verdades sólidamente establecidas por Hipócrates. Levantó el de Pérgamo un sincretismo intrincado, opulento en disquisiciones ingeniosas que, pretendiendo explicar hechos, confundían las inteligencias sembrando el campo de la terapéutica de minucias y distingos inacabables. La soberbia del médico de Pérgamo ha sido la causa principal de que su genio no creara obras que dejaran destellos de luz perpétua, como la que derrama y esparce el método hipocrático tan combatido por Galeno; impugnador acre de todas las ideas ajenas á su sistema. La terapéutica de Galeno basada en conclusiones del médico de Coos y Aristóteles relativas á los cuatro elementos con los correlativos humores, dió lugar al apogeo de la medicina humoral con toda la secuela de agentes medicamentosos, destinados á combatir las modificaciones sufridas, por el desequilibrio de los temperamentos sanguíneo, bilioso, melancólico ó atrabiliario y pituoso, sin considerar para nada los hechos que en la práctica sirven de guía á los médicos de la escuela hipocrática, quienes no fundamentaban hechos sino los sancionaba la más recta experiencia.

Si el erudito médico de Pérgamo con su indiscutible talento lejos de llevar la medicina por derroteros opuestos á la sanción experimental, hubiera estudiado los medios de robustecer los conocimientos de la escuela coaca, seguramente el nombre de Galeno, que ha pasado á la posteridad como un genio sin enseñanzas, hoy y mañana gozaría prestigios sino superiores, semejantes á los del primer médico del mundo. Hemos dicho que la doctrina del anciano de Coos, no sólo dejó

de ser fielmente interpretada sino que exagerados sus conceptos se vino á dogmatizar la ciencia médica, conduciéndola por veredas engañosas ya que, partiendo de ideas abstractas, se pretendía subordinar la explicación de los hechos con olvido de la análisis, método éste que volvió á florecer cuando los progresos de la anatomía, tan bien secundados por los Ptolomeos, según dejamos sentado, revelaron la necesidad de proceder en los estudios, desde la inducción á la deducción.

Con el advenimiento del cristianismo se eclipsó tan hermosa tendencia, imperando á la sazón una suerte de enervante misticismo filosófico que esterilizaba esfuerzos anteriores.

Esta opinión no significa menosprecio á una doctrina considerada con justicia como redentora del género humano entregado al imperio de la fuerza y de la sin razón; tampoco representan nuestra adhesión y entusiasmo por las excelentes doctrinas del cristianismo que dejemos de conocer los humanos defectos de ayer, proseguidos hoy con más hipocresía: nadie podrá negar, que la doctrina fertilizada con la sangre del martir del Gólgota sembró la tierra de semillas para que fructificaran el bien, la moral y el derecho, sirviendo su sacrificio de noble enseñanza, desgraciadamente olvidada en días ulteriores.

Estas disquisiciones por el campo de la filosofía nos apartan ciertamente de nuestro objeto; más como la lucha entre lo reciente y lo viejo, contribuyó á que la terapéutica se apartara del camino del progreso para permanecer casi estacionada hasta cerca del siglo xv, no creemos impertinente recordar el conflicto filosófico social causante del marasmo y la inercia científico médicos.

Durante la Edad Media no puede la medicina invocar más que hechos, investigaciones y comentarios de los árabes; descollando por su autoridad Mesué, que publicó tratados referentes á las fiebres, á los alimentos, á las sangrías, purgantes, baños, diarreas, catarros, cólicos, escribiendo también sobre escrúpulos del médico, una farmacopea general y otras muchas é interesantes obras; Avenzoar que publicó el famoso Sktisdad que se guarda en la biblioteca de París en

cuyas páginas se ocupa de medicina, alimentos y medicamentos con verdadera maestría; Avicena dejó un libro de medicina dividido en 5 tratados que se imprimió en Roma en lengua árabe, en el año 1593, en que se ocupa en su primer tratado de Medicina en general, 2.º Medicamentos simples y sus cualidades; 3.º Anatomía y enfermedades propias de diversas partes del cuerpo; 4.º enfermedades en general y 5.º composición y aplicación de los medicamentos; no terminaremos la breve narración sin citar á Ebn Beitar el botánico, á Rasés y sin decir que el gran Averroes en uno de sus muchos libros recomienda el cambio de aires para las calenturas pútridas, la morada en Etiopía como remedio á la tisis, los astringentes, ligadura de miembros y baños para el cólera, así como la idea de que las enfermedades deban su origen á animalillos ó seres organizados pequeños, con lo cual se puede colegir que ya en el año 1160 no faltaban médicos que presintieran la actual microbiología, como Lucrecio en más remotos días.

De médula y forma galeno-arábicas y reminiscencias coacas, llegó la terapéutica al siglo xvi en cuya edad sufrió el inusitado embate del gran Paracelso, fundador de un sistema que, si bien en las ciencias experimentales no puede resolver las dudas por la ridícula pretensión de querer explicar lo inexplicable, no por ello dejó el médico suizo de quebrantar las ideas de los médicos griegos y musulmanes, reformando radicalmente la terapéutica, observando directamente los fenómenos de la naturaleza, destruyendo las falsas teorías humorales, matando el respeto semi supersticioso á los antiguos médicos, haciendo adoptar el empleo de varios y útiles preparados minerales y reprobando con la mayor firmeza, toda hechicería y singularmente la Astrología y el arte trasmutatoria.

Admitiendo para cada organismo un motor secreto que vela por la reparación de las fuerzas y eliminación de las causas morbosas, dejaba insinuada la existencia del principio vital introducido posteriormente en medicina para confundir y perturbar más, si cabía, la marcha progresiva de la ciencia. Paracelso y sus discípulos ejerciendo de médicos, se propondrían facilitar las funciones del imaginado *motor*, ya con los

calmantes, la dieta, alguna que otra vez los evacuatorios y los medicamentos violentos como el mercurio; también tuvieron la pretensión de fundar la medicina en el conocimiento exacto de la química siendo el propio hombre científico quien procuró reconocer los principios activos de las drogas para simplificarlas y emplearlas en menores dosis, consiguiendo casi abolir los electuarios y las mixturas complicadísimas de los formularios árabes muy en boga en las relatadas épocas.

Tras de estos dogmáticos que no consiguieron sino retrasar el progreso terapéutico, como resultado final de una lucha encarnizada y violenta, nació el empirismo hijo del desorden, engendrado por las disquisiciones de los filósofos y médicos, cuya terapéutica nutrida con desaciertos, sólo podía producir resultados negativos por radicar, sus aplicaciones, en el escepticismo que estudia los hechos *á posteriori*.

El empirismo terapéutico, cuya lógica parece incontrovertible por descansar en la colección de hechos semejantes, ha sido en todas las etapas de la historia terapéutica, poderosa arma de combate esgrimida por los partidarios del predominio de los sentidos; más como quiera que sin la razón el progreso sería imposible y el verdadero saber una quimera, preciso es abandonar el método empírico y seguir derroteros útiles y dignos.

Los empíricos confiesan implícitamente, que por desconocer las leyes, sus principios y funcionalismo, no deben tomarse la molestia de proseguir aguzando el ingenio para interrogar á la naturaleza y arrancarla los secretos posibles dentro los límites de lo racional.

La secta empírica, dando excesiva importancia á los hechos, ha sido, es y probablemente continuará siendo, baluarte de holgazanes, égida de especifiqueros é incentivo de los que dudan de los crecientes progresos cada día señalados en el calendario de nuevos descubrimientos, prefiriendo vivir en la obscuridad intelectual, antes que tomarse el trabajo de cumplir con los deberes que impone el liberal é inextinto anhelo del verdadero descendiente de Hipócrates.